

WILSON-LEE, Edward, *Memorial de los libros naufragados*, Ariel, Barcelona, 2018, 456 pp. ISBN 9788434431171.

Edward Wilson-Lee estudió en las universidades de Londres, Nueva York, Oxford y Cambridge. Actualmente es profesor de Literatura Medieval y Renacentista en el Sidney Sussex College, donde ha desarrollado investigaciones que giran en torno a los libros, las bibliotecas y los viajes. En *Memorial de los libros naufragados*, cuyo título original es *The Catalogue of Shipwrecked Books*, nos ofrece un periplo mediante el cual nos muestra no solo una biografía de Hernando Colón, hijo del almirante, sino también su deseo de formar una biblioteca universal a través de sus viajes por Europa y todo lo que esta tarea trajo consigo.

El libro está formado por 17 capítulos, distribuidos en cuatro bloques. El orden que sigue Wilson-Lee es cronológico: hace un recorrido a través de la vida de Hernando desde su infancia hasta la creación de su biblioteca, y pone ante nuestros ojos una época crucial para el desarrollo de una empresa de tal envergadura, el siglo XVI, y una ciudad, Sevilla, que, por aquel entonces, era uno de los centros mercantiles más importantes de Europa, un lugar al que venían a parar personas de diferentes partes del mundo, lo cual favoreció el intercambio de culturas, intereses, ideas y, cómo no, libros. Así pues, la ordenación que lleva a cabo el autor nos permite conocer mucho más de cerca y de manera progresiva la personalidad de Hernando y su afán de recolectar cuantos ejemplares se pusieran en su camino.

A pesar de que la Biblioteca Colombina, que se encuentra en nuestros días en la catedral de Sevilla, está formada por más de 4000 volúmenes, sabemos que esa cifra no es más que una parte de todos los que constituían la colección de Hernando. Sus libros contienen en el interior de sus portadas un mapa minuciosamente detallado del mundo renacentista y otro también de su propia vida. Y es que, a medida que iba comprando un ejemplar, Hernando registraba la fecha, el lugar y cuánto le había costado. A menudo anotaba dónde y cuándo lo leyó, si conoció al autor o de quién los recibió, e, incluso, si el libro era un regalo.

Durante el segundo viaje de su padre, Hernando fue nombrado paje del infante Juan. En este punto nos encontramos ante un momento crucial en la vida del hijo del almirante, pues una de sus tareas era custodiar los libros de la casa y clasificar las innumerables posesiones del príncipe en una serie de listas. Asimismo, tras volver de su tercer viaje, Cristóbal Colón comienza a elaborar un libro de enseñanzas, un compendio de autoridades eclesiásticas y profanas, bajo el título de *Libro de las profecías*, con la ayuda de su hijo y de otras personalidades, a fin de basar sus expediciones y descubrimientos con la providencia divina de gestar una cruzada en el Nuevo Mundo y Tierra Santa. Si sumamos su anterior labor de guarda y custodia de libros como paje del infante Juan a esta otra, observamos cómo Hernando empieza a destacar por su obsesión por las listas, su sistematicidad y su orden. Un ejemplo de esto lo encontramos, a sus 21 años, cuando viaja a Santo Domingo. Para ello redacta un inventario de todo lo que se había llevado para vivir allí, desde sus posesiones más preciadas hasta los bienes más insignificantes que necesitaba para prosperar en ese entorno. Hernando, al catalogarlas, nos ha dejado una especie de bodegón del primer Caribe colonial, repleto de claves sobre ese mundo y sobre la vida que tenía planeada vivir. Registró libros de música, astrología, astronomía, geografía, gramática, heráldica, agricultura, alquimia, zoología y medicina. Por lo tanto, se hace notar su afán por consignar los libros que llevaba consigo y los que iba obteniendo, fuera cual fuera la materia.

A partir de 1511, el número de registros de libros aumenta de manera considerable. Mientras viajó por España, Hernando tuvo la oportunidad de comprar ejemplares procedentes de París, Venecia, Colonia, y de toda la península en general. No obstante, fue en Roma donde halló una biblioteca viva, con las más recientes publicaciones; una que se reinventaba con nuevas ideas y formas.

Sin lugar a dudas, la estancia de Hernando en Roma le proporcionó una serie de importantes modelos en su idea de formar una biblioteca, no solo a partir de la de los Medici o la del Vaticano, sino, incluso, de los testimonios vivos que



encontraba en las calles de la ciudad: las letras de los trovadores o los opúsculos de los vendedores ambulantes, entre otros, los cuales coleccionó de manera sistemática. Esta ciudad, en fin, le proporcionó el conocimiento y la experiencia suficiente para desarrollar sus tablas y clasificaciones de la mejor manera posible.

En los siguientes capítulos del ensayo que nos ocupa, encontramos a Hernando establecido en Alcalá de Henares, donde comenzó a redactar una serie de registros cuyas entradas fueron compiladas durante los años posteriores. Su objetivo al recopilar toda esta información era la creación de mapas muy detallados y capaces de ser reproducidos sin la menor pérdida de precisión. Para esta ardua tarea, que tenía por título *Descripción de España*, contó con la colaboración del propio rey Carlos I y de ayudantes.

A partir de 1518, Hernando, sin abandonar sus tareas cartográficas, comienza a redactar su *Vocabulario* o *Diccionario de latín*, como había realizado igualmente Antonio de Nebrija. Se trataba de un diccionario basado en principios históricos, es decir, que no aspiraba tanto a crear una definición categórica de las palabras como a cartografiar de qué modo habían sido utilizadas esas palabras por autores del pasado. En definitiva, del mismo modo que la *Descripción* pretendía poner a España en la senda del imperio mediante la determinación de sus rasgos geográficos, así también las herramientas lingüísticas de Europa necesitaban adquirir una base sólida si iban a estar al servicio del imperio universal que Hernando tenía en mente.

Dos años más tarde, Hernando ya había llegado a los Países Bajos, en donde siguió comprando tantos libros como le era posible. Es entonces cuando conoció a Erasmo, de quien aprendió que el conocimiento era un bien que debía estar ampliamente disponible, para lo cual habría que buscar las mejores obras que pudiera encontrar. Esto no solo implicaba seguir el rastro de libros perdidos, sino también trabajar con los grandes impresores de la época para que dichos libros estuvieran disponibles en ediciones sólidas, con el principal objetivo de que circularan por el mundo y fueran utilizados. En este sentido, Hernando se basará en estos cimientos erasmistas para elaborar su biblioteca, una en

la que dar cabida a todos los libros, en todas las lenguas y sobre todas las materias que pudieran encontrarse dentro y fuera de la cristiandad con las herramientas necesarias.

En las siguientes páginas, el autor hace un recorrido por los lugares que visitó Hernando a través de Europa, a fin de cumplir con la misión de adquirir más y más libros para su biblioteca. Su destino era Venecia, aunque antes de llegar allí recorrió las principales arterias del comercio mercantil libresco: subiendo por el Rin, atravesó Espira, Estrasburgo y Sélestat hasta llegar a Basilea; desde aquí llegó a la Lombardía, Milán, Génova, Pavía, Cremona y finalmente llegó a tierras venecianas.

Más adelante, en Alemania, Hernando lee *Utopía* de Tomás Moro, obra que tendrá muy en cuenta a la hora de diseñar su biblioteca, por un lado, porque representaba un mundo en miniatura; por otro, por el alfabeto «utopiano» que aparece en la segunda edición. En este sentido, encontramos una influencia muy grande en Hernando, ya que por esa época empezó a desarrollar sus propios jeroglíficos, un alfabeto secreto para describir los libros de su biblioteca, y sus «biblioglifos», que serían explicados más tarde por Juan Pérez, su auxiliar de biblioteca. Fueron diseñados para permitir que de un solo vistazo se tuviera mucha información sobre el libro que se describía.

Cuando Hernando vuelve a España en 1522, tenía una colección de más de 5000 libros. Sin embargo, a partir de este momento se sucedieron una serie de hechos desafortunados: los libros que debían llegar de Venecia se habían hundido junto al barco que los transportaba. Es por eso por lo que decidió asentarse de manera definitiva en tierras españolas y enfocarse en el proyecto de su biblioteca. A causa de la destrucción de los libros que venían de Venecia, Hernando tuvo que empezar otro catálogo mejor, que esta vez incluiría no solo las descripciones de los libros, sino también el lenguaje jeroglífico que estaba desarrollando. A este recuerdo de los libros perdidos en el mar le puso el nombre de *Memorial de los libros naufragados*, de ahí el título que Wilson-Lee escoge para este ensayo.

Cabe mencionar, por otro lado, la gran avalancha de libros que se habían publicado en las



imprentas de Europa. El propio Erasmo en sus *Adagia* mostraba cuán abrumado se encontraba ante tal cantidad de volúmenes y la dificultad de poder aprender algo entre tanta información. La solución que propuso Hernando para esto, y que comenzó a aplicar hacia 1523, era reducir los contenidos de cada ejemplar de su biblioteca a un simple epítome. De este modo, su *Libro de los epítomes* fue, por una parte, diseñado para paliar la gran cantidad de libros que se encontraban en el mercado de la imprenta, mientras que también serviría de ayuda a cuantos visitasen la biblioteca, para evitar los títulos engañosos y perder menos tiempo con material irrelevante. Nos encontramos, pues, ante una forma temprana de las reseñas de los libros.

En febrero de 1526 Hernando se compró una parcela de terreno en Sevilla en la que, durante los tres años siguientes, construyó una casa para él y para sus libros. Tras la coronación de Carlos como emperador, la biblioteca de Hernando ya destacaba por los registros de los libros y las imágenes, por las listas en orden alfabético, que habían permitido que se encontraran obras de autores concretos; por los epítomes, que ayudarían al lector a moverse por las estanterías a mayor velocidad; y por el *Llibro de las materias*, que podía llevar a los investigadores al lugar adecuado al tema de su interés.

En definitiva, podríamos afirmar que Hernando fue un hombre que vivió en la mejor época posible para desarrollar su labor y que estuvo presente en el lugar y momento preciso. En este sentido, los viajes que realizó jugaron un papel muy importante, en tanto en cuanto adquirió más y más libros para su colección, y además conoció a personas muy importantes, como fue el caso de Erasmo, que influyeron de manera decisiva en su pensamiento y en el modo de entender y ordenar el mundo. A pesar del desmoronamiento de su empresa, como veremos al final de su vida, es indiscutible que Hernando Colón sentó las bases para la organización de las bibliotecas y para el registro y la búsqueda de material bibliográfico. No cabe duda de que el libro al que nos referimos no solo nos ofrece un recorrido a través de la vida de Hernando Colón y de la formación de su biblioteca, sino que incluso pone de manifiesto cuál era el panorama cultural de esta época, en la que el Humanismo, los viajes, los intercambios culturales y la imprenta posibilitaron el cambio de paradigma que el Renacimiento trajo consigo.

Julio Abel HERNÁNDEZ LÓPEZ  
Universidad de La Laguna

E-mail: [alu0100771596@ull.edu.es](mailto:alu0100771596@ull.edu.es)

<https://orcid.org/0000-0001-5464-5814>

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.cemyr.2023.31.30>

